

PRESENTACION

La aparición de una nueva revista especializada en filosofía, teniendo ya el siglo XXI en el horizonte, puede parecer un acto audaz, superfluo e incluso anacrónico. Audaz, porque existen muy buenos órganos de difusión filosófica; y superfluo porque, además de buenos, son muchos y quizá demasiados. No obstante, los instrumentos de información filosófica tienen hoy a la vez visos de caducidad: se piensa que el interés por la filosofía ha decaído en nuestro tiempo, y que esto justifica el carácter efímero de muchos de ellos. ¿Nos encontramos también ahora frente a un intento fugaz aunque magnánimo?

Tópicos es víctima y fruto de la dialéctica a que se ha visto sometido la filosofía desde sus inicios entre la soledad y la comunicación. No puede negarse una cierta tendencia inmanentista de la filosofía, una proclividad a encerrarse en sí misma, de espaldas a la sociedad en que vive. Al filósofo le pareció conveniente desde el principio *retirarse a los logoi*, como leemos en Platón, hasta enclaustrarse en el *yo pienso* cartesiano, que es el punto cimero de la inmanencia. Por eso suele tenerse no ya por solitario —que vive en soledad— sino por soledoso, esto es, un nostálgico de ella. El filósofo arrastra como cosa suya si no la agorafobia, sí la inmigritud, término que Gonzalo Asturias aportó a la lengua castellana para expresar ese viaje del hombre al remoto país que es él mismo en su más profunda interioridad.

Porque si la filosofía tiene por oficio y deber afrontar los más importantes temas de la vida humana, resulta por necesidad algo *entrañable*, en el sentido anatómico de la expresión, al punto de que toda filosofía habría de ser inexorablemente autobiográfica, tal como José Gaos lo leyó con aspezeza en Heidegger.

Con esta dimensión personalísima consuena el hecho de que toda filosofía, para serlo, ha de ser original, porque es esencialmente saber de los orígenes, el cual sólo se atisba en el ámbito más íntimo de la existencia. La soledad es así un galardón de la autonomía que reclama todo saber

filosófico caracterizado con el acto de pensar por sí mismo. “*Porque para estar conmigo puedo decir con Lope de Vega, me bastan mis pensamientos*”.

Sin embargo, esta soledad corre el riesgo de frustrarse, quedando, como rezan las Soledades, “*a solas con mi sombra y con mi pena*”, si no se intermite con el afán de comunicación y trascendencia, que también es, y con igual título, propiedad de la filosofía. Alberti expresa bien este acento intermitente de la soledad: “*Yo no soy para estar solo, / pienso de pronto que sí, / y pienso que no, de pronto. / Me espanta la soledad. / Es verdad, aunque yo crea, / de pronto, que no es verdad.*”

Es la filosofía afán de comunicación, de abrirse a los demás. Que se le considere como una suma de conocimientos crípticos, esta proverbial incomunicación del filósofo con los naturales *destinatarios* de la filosofía que somos todos los hombres, se debe a mi juicio a la incomunicación misma de los *destinados* a la filosofía, como llamaba Gaos a los propiamente filósofos. Cada uno de éstos parece encerrarse en su lenguaje personal, equivocadamente, porque el saber será sin duda original y propio en su inicio, aunque no en su destino.

Pero ¿puede en verdad comunicarse la filosofía a los demás? ¿No será mejor resignarnos con Jaspers a suscitar en el interlocutor el *eco* del propio pensamiento, más que intentar transmitirlo? Eduardo Nicol nos respondería que comunicar no es transmitir el mensaje de un conocimiento personal, sino hacer presente al otro la realidad que se encuentra ante mí y que he aprehendido personalmente.

La comunicación de la filosofía es así, en cierto modo, garantía del propio trabajo porque —otra vez con Nicol— si el interlocutor me entiende, ello es signo de que la realidad está presente de igual manera ante él, y de que la ha aprehendido: las palabras sólo tienen sentido si tienen sentido común. Todo sentido es consentido.

Pero que el *logos común* garantice la manifestación del ser, que la captación de la cosa alcance valor en el diálogo, puede todavía decaer en lo que llamaría *inmanentismo social*, que es el gran peligro contem-

poráneo: la redundancia como criterio de verdad. Tal como Strawson lo declara en Oxford: “*lo verdadero es lo que el otro me acepta como tal*”.

A la certeza de Nicol (“*hay diálogo, luego hay seguridad en el ser*”) debe añadirse la evidencia de que hay seguridad en el ser y por eso el diálogo es posible.

Conociendo el modo de pensar de sus editores, cabe decir que **Tópicos** —lugares comunes—, arranca de esa evidencia: la seguridad en el ser que es condición de posibilidad del diálogo. Ya su nombre es sugerente de sus altas pretensiones, que sin duda cuajaría en profundas realidades.

La filosofía occidental nació del *tauma*, del asombro mío ante lo que los demás consideran lugar común, sobre lo que *pueden dispensarse de pensar*. El vigor de este nuevo intento filosófico se apoya en la confianza de que incluso en los umbrales ya del próximo milenio hay temas de discusión —es éste el sentido aristotélico de los **Tópicos**—; de que, como dijo Zubiri, quienes se dedican a la filosofía pueden entenderse porque la filosofía es trascendencia, pero pueden discrepar porque es simultáneamente representación de la soledad interior de cada uno.

Tópicos, con ser sitio de encuentro de *lugares comunes*, posee su *lugar propio* entre los medios de difusión filosófica, porque quienes lo inician tienen mucho que decir, bien rumiado en la soledad de su pensamiento, y un gran deseo de decirlo.

Carlos Llano C.